SOBRE LA NUEVA NARRATIVA CUBANA

POR

JULIO E. MIRANDA

Bien puede decirse que, en Cuba, no existe una novelística anterior a 1959. En cambio, sí existe una cuentística. Apunto simplemente el hecho, pero no es éste el lugar para analizarlo. Apenas cuatro nombres, y un puñado de obras, sostienen la novela cubana en el siglo XIX y parte del XX: el romántico Cirilo Villaverde, el desigual Ramón Meza, el duramente crítico Miguel de Carrión, y el agradable Carlos Loveira —valgan estas breves caracterizaciones—. Ya los años treinta ven surgir la poderosa figura de Alejo Carpentier, que con su *Ecue-Yamba-O* (1933) inicia su carrera de no muchos pero excelentes libros: *El reino de este mundo* (1948), *Los pasos perdidos* (1953), *Guerra del tiempo* (1956), *El acoso* (1958), para culminar con *El siglo de las luces* (1962). Mientras tanto, otro autor no menor, José Lezama Lima, iba lentamente trazando los capítulos de su *Paradiso,* aparecida íntegra en 1966.

El cuento, por su parte, asentó una tradición más temprana, y los años cuarenta y cincuenta podían ya presentar una buena nómina de sólidos autores: entre los que se contaban el mismo Carpentier, Lino Novás Calvo, Dora Alonso, Félix Pita Rodríguez, Enrique Labrador Ruiz, Virgilio Piñera, Onelio Jorge Cardoso, Carballido Rey, etc. La corriente mayor de esta cuentística era costumbrista, generalmente radicada en ambientes campesinos, con las destacadas excepciones de Carpentier, dedicado al cultivo de lo que él mismo ha llamado lo *real maravilloso americano,* y Virgilio Piñera, hacedor de un absurdo certero y de raíz netamente criolla, simultáneo y en parte anterior al absurdo europeo (1).

Algunos de estos autores han continuado su producción en la revolución, desarrollando sus respectivas obras con éxito: Carpentier, Piñera, Lezama, Cardoso, sobre todo (2). Otros, aún presentes en los pri-

(1) PIÑERA inicia el absurdo en Cuba en 1942, con su pieza teatral *Electra Garrigó,* continuándolo inmediatamente con numerosos cuentos y una novela, *La carne de René,* datando gran parte de ellos de estos mismos años cuarenta.

(2) Además de *El siglo de las luces* y *Paradiso,* habría que nombrar los *Cuentos* y las novelas *Pequeñas maniobras* y *Presiones y diamantes,* de PIÑERA, así como los *Cuentos completos* y el reciente *Iba caminando,* de CARDOSO. Igualmente se espera con impaciencia la publicación del primer volumen de una trilogía que CARPENTIER prepara sobre la revolución cubana, cuyo título provisional es *El año 1959.*

meros años, se han ido eclipsando poco a poco, aunque hayan publicado algunos libros, de escaso peso en el actual proceso literario.

Los primeros años de la revolución ven surgir toda una nueva promoción de novelistas, de presencia casi estrictamente inédita hasta entonces. Ocho libros constituyen su aporte, cuyo interés es más que nada histórico: *No hay problema,* de Edmundo Desnoes (1930); *La búsqueda,* de Jaime Sarusky (1931); *El descanso,* de Abelardo Piñeiro (1927); *Los muertos andan solos,* de Juan Arcocha (1927); *El sol a plomo,* de Humberto Arenal (1926); *Los días de nuestra angustia,* de Noel Navarro (1931); *El sol, ese enemigo,* de José Lorenzo Fuentes (1928), y *La situación,* de Lisandro Otero (1932).

Son novelas editadas en 1961, 62 y 63, y que muestran ya una serie de características propias a toda la nueva narrativa cubana:

1) Intento de superación del costumbrismo anterior: son novelas *urbanas,* con el paisaje de cemento en que se desenvuelven gran parte de los conflictos prerrevolucionarios y revolucionarios (3).

2) Clara toma de conciencia sobre el pasado —que, poco a poco se extenderá al presente, más cercano y, por lo tanto, más difícil de apresar—, llegando incluso a convertirse en una obsesión de la nueva literatura, aplicable también en parte a la poesía y al teatro.

3) Lo que la convierte, por tanto, en literatura de *denuncia,* con una corriente de fondo moralizante.

Estas ocho novelas presentaban igualmente dos rasgos propios, que reaparecerán eventualmente en obras posteriores:

1) Son obras inmaduras, a veces con una gran indefinición estilística y una evidente oscilación entre distintas posibilidades narrativas.

2) De lo que se desprende inmediatamente un tratamiento superficial de los problemas, interesantes en sí, que tocan.

Como se ve, hay aquí una promoción, un grupo de novelistas que se presentan en cerradas filas, abriendo fuego al mismo tiempo y desde parecidas circunstancias. Después de esta llegada masiva, *boom* cuantitativo de la nueva narrativa, comenzará el largo camino individual de numerosos autores, tanto de novela como de cuento, y generalmente de ambas cosas, incluyéndose todos en un concepto amplio, fuera de esquemas generacionales.

---

(3) Según CARPENTIER, «la gran tarea del novelista americano de hoy está en inscribir la fisonomía de sus ciudades en la literatura universal, olvidándose de tipicismos y costumbrismos». En *Problemática de la actual novela latinoamericana,* incluida en su colección de ensayos *Tientos y diferencias,* p. 13. Desde luego, CARPENTIER dirige esto sobre todo contra el nativismo folklorista de los años treinta en América Latina, sin negar las posibilidades de una narrativa instalada «fuera de la ciudad», pero nada costumbrista, cuyo mayor exponente es JUAN RULFO.

De hecho, sólo puede salvarse una de las ocho primeras obras, y es *La situación,* de Lisandro Otero, precisamente la última en publicarse (1963) y la más funcionalmente ambiciosa: trazar un amplio panorama de la burguesía cubana en los años cincuenta, con rápidas incursiones a un pasado aún más lejano, en el que estas familias fundaron su poder (4). Esta novela cumple su función de crónica sin perjuicio de una prosa cuidada, inteligente, a veces bella y siempre sólida; y esto, junto con un argumento interesante y un desarrollo satisfactorio, la diferencian señaladamente del resto, donde encontramos, o un escribir como quien no quiere —o no puede— la cosa, descuidado, banal, o una retórica estúpida, absurdamente pretenciosa, o la increíble mezcla de ambos. Urgencia testimonial mal entendida, en suma, comprensible históricamente, pero cuya destreza literaria logra, precisamente, anular en gran parte los testimonios. Ya se ha dicho muchas veces que la mala literatura social no sirve ni como literatura ni como alegato. De hecho algunos de estos autores escarmentaron, dándonos posteriormente buenas sorpresas, y de otros no se ha oído hablar más.

A raíz de la publicación de estas obras, Luis Agüero, en un artículo (5), hizo una de las afirmaciones más gratuitas que se hayan escrito en Cuba: «Los nuevos novelistas cubanos están construyendo la verdadera y más vigorosa literatura revolucionaria. A ellos está encomendada la tarea de echar las bases de nuestra futura cultura.» Aparte del dogmatismo de fondo de esta declaración, que parece no dejar nada al resto de los artistas, existe el hecho innegable de que, por aquel entonces, eran los cuentistas quienes habían marcado una fortísima entrada en las letras cubanas.

Esta presentación de los cuentistas incluía, sobre todo, seis libros: *Así en la paz como en la guerra,* de Guillermo Cabrera Infante (1929); *La vuelta en redondo,* de Humberto Arenal (1926); *El regreso,* de Calvert Casey (1923); *La guerra y los basiliscos,* de Rogelio Llopis (1926); *De aquí para allá,* de Luis Agüero (1938), y *Circulando el cuadrado,* de César López (1933).

Así en la paz como en la guerra, de Cabrera Infante, publicado en 1960, es un libro violento, duro, magnífico, digno fabulario de la Cuba prerrevolucionaria, que dialectiza el contenido en dos tipos de historias complementarias: los cuentos, más extensos, donde la vio-

(4) Para CARPENTIER, que fue uno de los jurados que entregó a *La situación* el premio Casa de las Américas de novela, esta obra «se sitúa en la categoría de libros que deben escribirse actualmente en Cuba», agregando que «Lisandro Otero ha podido reconstruir la vida de burguesías anteriores con una exactitud y una soltura que asombran», y esto con la «virtud de ir a lo esencial». «Un jurado opina», en *La Gaceta de Cuba,* 15 de marzo de 1963, p. 3.

(5) «La novela», en *Casa de las Américas,* enero-abril 1964, p. 67.

lencia manifiesta sus diversas formas —y, por lo tanto, sus diversos disfraces—, y las viñetas, de una sola página, donde lo brutal se da condensado y con los uniformes de la represión oficial. Ambos mundos se complementan, son de hecho el mismo mundo, causa y efecto a la vez uno del otro. Porque la violencia que campea abiertamente en las viñetas es sostenida por la indiferencia de los protagonistas de los cuentos, «buena gente cuyas sonrisas, al momento de golpear, parecen dar a entender que no hay problema, que aquí no ha pasado nada», con lo que, «en suma, nadie tiene la culpa» (6), o nadie quiere tenerla. Pecado colectivo, pues, favorecido por la opresión ambiente, que empuja a todos a marginarse de «lo político», a «vivir su vida», a olvidar, a no querer ver (7). A excepción de los asesinos policiales, el resto de estos seres no es ni malo ni bueno: simplemente sobreviven en los años difíciles. Cabrera Infante no simplifica, da lo real en toda su complejidad, desde la miseria cotidiana de una familia, vista maravillosamente por los ojos de una niña —*Un rato de tenmeallá*—, hasta la brutalidad sin frenos del gangsterismo cubano —*Balada de plomo y yerro*—, pasando por la ingenuidad terrible con una dueña de prostíbulo habla de su negocio —*Josefina, atiende a los señores*— y la crisis de una muchacha burguesa recién seducida —*En el gran ecbó*—, hasta llegar a *Resaca,* en que Cabrera Infante, apenas con veintitrés años, afirmó valientemente, cuando poca gente creía en ello, la llegada futura de la Revolución, mostrando al mismo tiempo la corrupción de los dirigentes obreros de la época. Porque son cuentos escritos desde 1949 hasta 1958, al hilo de un tiempo oscuro, y que nos quedan como magnífico testimonio de lo que fue, conducidos por un realismo hábil, de evidente estirpe norteamericana, que sirve muy bien a las intenciones del autor.

El regreso, de Calvert Casey, publicado en 1962, es igualmente un libro vuelto hacia el pasado —que, por entonces, estaba todavía presente en todas las conciencias—, que presenta los submundos de la antigua Cuba: el ritual de iniciación del muchachito, llevado por su tío al prostíbulo cuando estrena pantalones largos; los amores frustrados de una vieja tía; la sujeción de toda una familia a las vibrantes tinieblas del espiritismo; la desorientación de un artista *snob,* que vuelve a su patria para encontrarse, al mismo tiempo, consigo y

(6) Ambrosio Fornet, en su inteligente crítica «Las caras de la violencia», incluida en su colección de artículos *En tres y dos,* pp. 47 y 48.

(7) Y un análisis del lenguaje en los años cincuenta daría muy significativo material de comprensión sobre el cansancio y el escepticismo de un pueblo; desde el «yo simpatizo, pero no me meto» que delataba la impotencia política, hasta todas las febriles declaraciones de que «la vida es corta, hay que vivirla», sin olvidar las numerosas alienaciones contenidas en matices como éste: «es negro, pero buena persona».

con la muerte, absurda muerte en manos de los esbirros de la dictadura. Un cuento, *El sol,* se destaca temáticamente del conjunto, narrando los últimos momentos en la vida de varias personas, completamente ajenas a la explosión de una bomba que va a convertir el planeta en un nuevo astro ardiente. Calvert Casey ensaya, en este libro, diversos estilos que van desde el monólogo interior a la prolija retórica, casi siempre logrando sus intentos. Esta como indiferenciación estilística puede testimoniar, tanto de la preocupación del autor por captar atmósferas muy diferentes —y estas atmósferas son lo mejor y, de hecho, la clave de sus cuentos—, como de una búsqueda de estilo personal, que perfila en cierta constante a través de los distintos relatos.

La vuelta en redondo (1962), de Humberto Arenal, supone ya un gran avance sobre su novela *El sol a plomo,* que más bien quedaba del lado del periodismo, relatando documentalmente el secuestro de Fangio. Con estos cuentos, Arenal anuncia su habilidad para presentarnos breves noticias humanas, vidas reales, concretas, que nos llegan hondo pese a que, todavía, faltara en *La vuelta en rendodo* una mayor profundización y desarrollo de los diferentes relatos, quedando algunos de ellos en proyecto, en presentación de materia evidentemente rica, pero en parte desperdiciada. De todos modos, cuentos como *La pérdida de un amigo, La vuelta en redondo* y otros, eran ya un hecho innegable, mostrando a un escritor evidentemente interesado en lo sicológico y bien dotado para ello —sobre todo en lo que concierne a las funciones del recuerdo y a los años de infancia—, pero que no se desinteresa completamente del enraizamiento de los motivos en contextos más amplios. Estilísticamente, Arenal presentó, desde entonces, un eclecticismo discreto y funcional, situándose en cierto modo a medio camino de Cabrera Infante y Calvert Casey, y como ellos bajo la influencia de la literatura norteamericana.

La guerra y los basiliscos (1962), de Rogelio Llopis, tiene, junto a cuentos de nivel medio, tres fabulosos «Cuentos pírricos» donde el humor y la imaginación se combinan en una certera crítica fantasiosa, triunfando del realismo mayoritario y afirmando para los nuevos autores la posibilidad más o menos absurdista iniciada con éxito por Virgilio Piñera.

Luis Agüero, con su *De aquí para allá,* nos da un realismo ágil, traspasado de humor y breves toques poéticos, que sabe captar la escena, el acontecimiento, el personaje, renovando en algunos de estos cuentos el costumbrismo tradicional, y dependiendo en otros del estilo urbano de Cabrera Infante.

Finalmente, César López nos entrega, en 1963, su *Circulando el cuadrado,* relatos absurdos de un humor truculento muy en la línea

de Piñera, donde encontramos la misma frialdad, el mismo distanciamiento que cuenta lo tremendo como si no lo fuera, aumentando así la sensación de extrañamiento del lector con respecto al mundo expuesto, que sin embargo se adivina cotidiano, aunque nos resistamos a admitirlo. *Los visitantes, Las confesiones* y *Los paseos nocturnos* se destacan del conjunto, donde hay también algún cuento sobrante. Pero, en general, puede decirse que el implacable modo con que López trata diversas patologías —la indecisión, el fanatismo, el consumismo, la vanidad, la politiquería— es certero, útil. Otras veces, lo metafísico acecha, y el cuento nos hiela en su absurda perfección.

Tenemos, pues, en 1963, dos promociones nuevas en el país, formando las filas de la narrativa revolucionaria. De todos ellos, muy pocos habían publicado con anterioridad a 1959; entre los novelistas, Arenal editó su *Sol a plomo* ya en 1958; Desnoes había sacado un breve cuaderno de poesía y prosa, *Todo está en el fuego,* en 1952; José Lorenzo Fuentes había publicado cuentos sueltos; Lisandro Otero, un libro de cuentos, *Tabaco para un Jueves Santo,* en 1956. Los cuentistas, por su parte, con la excepción del también novelista Arenal, no contaban con libro alguno, habiendo publicado en revistas (8).

Los cuentistas añaden igualmente una característica peculiar, que pronto se hará extensible a toda la narrativa —y, en gran parte, a toda la literatura—: la fusión generacional. De Calvert Casey, nacido en 1923, a Luis Agüero, nacido en 1938, va la cifra que Ortega consideraba definitoria de una generación: quince años. Pero aquí, menos aún que en la poesía, pueden señalarse determinantes diferenciales entre generaciones. Un año más, y Nelson Rodríguez, nacido en 1943, se incorporará a la narrativa de los nuevos (9).

Con respecto a los novelistas, los cuentistas abren la marcha de forma en extremo superior. El costumbrismo está, o superado o renovado en parte; la toma de conciencia del pasado se abre en un amplio mosaico que la fragmentación del cuento dinamiza, y esto, unido a una técnica bien manejada y el uso de varios estilos sólidamente personales, redunda en la denuncia eficaz que la primera serie de novelas lograba sólo parcialmente. Así, salvando únicamente *La situación* de las ocho novelas iniciales, se pueden aceptar como válidos en su con-

(8) De hecho, de los tres libros publicados por los nuevos narradores, dos se editaron fuera de Cuba: *El sol a plomo,* en Nueva York, y *Tabaco para un jueves santo,* en París.

(9) Personalmente, creo que hay una causa fundamental: si bien, en poesía, la generación del 50 pudo formarse una figura propia más o menos definida antes de la Revolución, con libros señalados y cierta comunicación entre sus miembros, los narradores correspondientes no editan ningún libro importante, y están más dispersos que los poetas. También tenían los poetas una promoción anterior firme ante —y contra— la cual reaccionar, mientras que la narrativa previa a los nuevos era de figura mucho menos definida.

junto al menos cuatro de los libros de cuentos: *Así en la paz como en la guerra, La vuelta en Redondo, El regreso* y *Circulando el cuadrado.*

1964 y 1965 reproducen, con variantes, la situación anterior. Por parte de las novelas, sólo dos merecen atención: *El perseguido,* de César Leante (1928), que se inscribe de lleno en la corriente testimonial sobre la lucha contra la dictadura, creando una trama documental que no pretende —ni logra— nada más; y *Memorias del subdesarrollo,* de Edmundo Desnoes, su tercera novela —a la que ha precedido *El cataclismo*—. En ella. retoma Desnoes la problemática del desarraigo, profundizando lo que en su primera novela, *No hay problema,* era mero esquema superficial. Así, la dificultad de integración en la revolución de un pequeño burgués sobreviviente, que observa con ojos extrañados la transformación ambiental, logra alcanzar veracidad sicológica y coherencia sociológica, aunque la dejadez del estilo —sin estilo— de Desnoes perjudique siempre sus historias —que, de hecho, son la misma, en novelas y cuentos, dejándose llevar demasiado de su agudeza, sentido del humor y capacidad de observación, facilismo literario que no es el único en padecerlo en Cuba (10).

El cuento reafirma su superioridad en la producción de estos dos años. Humberto Arenal publica un segundo volumen, *El tiempo ha descendido;* Nelson Rodríguez se inicia con *El regalo;* y se abre para la narrativa cubana un amplio margen de posibilidades en la ciencia-ficción, actuando de pioneros Angel Arango, con *¿Adónde van los cefalomos?,* y tres jóvenes autores, Carlos Cabada, Juan Herrero y Agenor Martí, con sus *Cuentos de ciencia-ficción.*

El tiempo ha descendido, de Arenal, pone una nota de gran profundidad humana en la nueva narrativa. Los seres de este libro viven ajenos a cualquier eventualidad revolucionaria, pero sus vidas frustradas, doloridas, apelan desde lo más hondo a un suceso liberador. Humberto Arenal ilustra con su obra que la verdad es siempre revolucionaria, y es uno de los firmes baluartes de quienes, antes y después, se empeñan en una literatura de investigación humana, no ajena al tiempo pero tampoco meramente anecdótica, superior a toda simple crónica, cuya documentalidad hallaría mejor uso en libros al modo de Oscar Lewis o el cubano Miguel Barnet, o en reportajes como los que han

(10) De hecho, algunos argumentos de Desnoes han debido esperar a posteriores autores para ser explotados en buena literatura. Como ejemplo significativo, pensemos en el cuento *¡Ya y ya!,* publicado por DESNOES en 1963, y cuyo problema recibirá digno tratamiento por Antonio Benítez, cuatro años después, en *Recuerdos de una piel.*

escrito no pocos periodistas cubanos, más ricos en humanidad cabal y contenido revolucionario que bastantes supuestas «obras literarias». Dos pequeñas joyas presenta *El tiempo ha descendido:* el cuento que titula el volumen y *El caballero Charles.*

Nelson Rodríguez, con *El regalo,* ofrece brevísimos cuentos donde una prosa funcional, puesta al servicio de la sorpresa y el humor cruel, conduce tanto al juego gratuito como a la certera crítica social y el detalle humano. Rodríguez se afilia, con su primer libro, a la literatura absurdista que ha encontrado feliz desarrollo en autores como César López, Antón Arrufat *(Mi antagonista y otras observaciones),* Angela Martínez *(Memorias de un decapitado),* Evora Tamayo *(Cuentos para abuelas enfermas),* pero también numerosos epígonos que pretenden refugiarse en la aparente facilidad del género para escapar a deberes mayores. De hecho, el absurdismo, que se inicia, crece y decae en esos mismos años, amenazó con su repentina inflación a la nueva literatura, que en general padece una excesiva proliferación de autores, de los que el tiempo se va encargando.

Los *Cuentos de ciencia-ficción,* de Cabada, Herrero y Martí, presentaban un nivel medio aceptable para los dos primeros, cuyas historias estaban bañadas de ternura y humor, portando el mínimo aparato científico necesario, y una mediocridad lamentable en lo tocante al tercero de estos autores. El libro de Arango, *¿Adónde van los cefalomos?,* era, por el contrario, una excelente obra, donde las posibilidades poéticas, críticas o simplemente regocijantes de este tipo de literatura rendían suficiente fruto, apuntando a libros posteriores. Estos libros y sus autores surgían cumplidamente después: el mismo Arango, en 1966, ofrece *El planeta negro,* mientras que un inédito, Miguel Collazo, se presenta con *El libro fantástico de Oaj.* En Collazo, la ciencia-ficción logra una multirreferencialidad magnífica, que va desde los planteamientos filosóficos hasta las metáforas políticas, siempre con el aporte de un humor muy criollo, ceñido a veces y desatado otras, todo lo cual se conjuga para convertirlo en el mejor autor cubano de este género, lo que se encuentra reafirmado en los fragmentos conocidos del libro que prepara actualmente, el *Libro de la invasión de los terrícolas.* Ultimamente, un nuevo cuentista, Germán Piniella, promete la continuación exitosa de esta literatura, a la cual le han salido también epígonos lamentables.

En el prólogo a los *Cuentos de ciencia-ficción,* Oscar Hurtado rompía lanzas en defensa del género, mostrando de modo definitivo «la ampliación de los límites de la realidad hasta incluir el campo de lo fantástico», y caracterizando a los autores de ciencia-ficción como *rea-*

listas del futuro (11). Al mismo tiempo, criticaba el realismo monocorde predominante, diciendo que «Esta desventura—la falta de imaginación—es una de las causas de que la literatura cubana sea una de las más aburridas del mundo» (12).

Tanto la defensa de la fantasía como la crítica a un realismo sin aspiraciones venían muy a punto en un momento en que la inflación de libros realistas marcaba un culmen en la larga lista de mediocridades, sobre todo en lo concerniente al cuento. Como si, pasado el entusiasmo indiscriminado de la primera etapa revolucionaria, y entrados en la cotidiana y fatigosa labor de construcción, el agotamiento creador tomara fueros exagerados. De hecho, toda literatura arrastra, por inercia, el peso muerto de autores y libros mediocres, pero las facilidades de publicación existentes en Cuba agravaban el problema. Así, junto a escritores de nivel «aceptable», como Reynaldo González, Sergio Chaple, Raúl Aparicio, etc., el lector cubano ha debido soportar tan lamentables producciones como las debidas a Julio Matas, David Camps, Jesús Abascal, Rafael Garriga, José Martínez Matos y muchos otros. Algunos autores, antes y después, se han salvado gracias a peculiares virtudes: Ambrosio Fornet con su humor inteligente, Rigoberto Díaz Cruz con su gracia costumbrista, Ada Abdo con su concentrado lirismo. Por su parte, José Lorenzo Fuentes ha escrito numerosos cuentos, tanto realistas como fantásticos, logrando a veces relatos de perfecto equilibrio, sobre todo los contenidos en su último volumen, *El vendedor de días* (1967).

Si la primera serie de novelas de los jóvenes escritores fue más que nada anuncio, prueba y... fracaso, 1967 regaló una contrapartida excelente, capaz de asentar con firmeza la calidad de sus autores y rendir cuenta de una evolución callada pero altamente fructífera (13). Ocho

---

(11) Sin negar, desde luego, la capacidad de la ciencia-ficción para investigar la realidad actual, a modo de metáfora cuyo distanciamiento permite una mejor visión de los problemas cuyas líneas se desarrollan de manera prospectiva.

(12) No está sólo Oscar Hurtado en esta crítica. Luis Rogelio Nogueras, uno de los más jóvenes poetas, ha escrito: «El 75 por 100 de las novelas publicadas en Cuba entre los años 1959-66 son bastante malas: esquemáticas, aburridas, superficiales» (en *Historia de una pasión cubana, El caimán barbudo,* opus. 15, página 14); y el también joven novelista Reinaldo Arenas afirmaba, tras la publicación de su magnífica novela *Celestino antes del alba:* «Pero lo triste de todo esto es que cuando alguien se preocupa por expresar las demás realidades, se molestan, o lo tachan a uno de poco realista», para señalar igualmente al realismo más superficial como «el esquema con el cual trabaja el 99 por 100 de nuestra crítica» (en «Celestino y yo», *Unión,* julio-septiembre 1967, p. 119).

(13) Mil novecientos sesenta y siete fue un año peculiarmente rico para toda la literatura cubana. Si el cuento alcanzó un solo gran libro, *Tute de reyes,* de Antonio Benítez, su existencia valía suficientemente. La poesía, por su parte, contó con una cosecha buena en cantidad y calidad: *La sagrada familia,* de Miguel Barnet; *Primer libro de la ciudad,* de César López; *Cabeza de zanahoria,* de Nogueras; *Casa que no existía,* de Lina de Feria, y *Richard trajo su flauta y otros argumentos,* de Nancy Morejón, señaladamente.

novelas, casi simbólicamente, saldan la deuda anterior, juntando, con la depuración de los años, creadores de muy distintas edades. Estas obras son: *Los animales sagrados,* de Humberto Arenal (1926); *Pasión de Urbino,* de Lisandro Otero (1932); *Rebelión en la octava casa,* de Sarusky (1931); *Celestino antes del alba,* de Reinaldo Arenas (1934); *La vida en dos,* de Luis Agüero (1938); *Los desnudos,* de David Buzzi (1932); *La robla,* de Gustavo Eguren (1926), y *Tres tristes tigres,* de Guillermo Cabrera Infante (1929).

Con una narración de gran objetividad, casi a medio camino entre el *nouveau roman* y el cine, Arenal reincide en el tema de la incomunicación, del amor frustrado, de la búsqueda sin resultado y la nada que queda a los protagonistas, acabado lo que pudo ser el amor y no fue sino un amor más. *Los animales sagrados* no logra, a mi entender, la excelencia de algunos cuentos de Arenal, pero sí un grado de solidez que la hacen obra digna, pese a cierto esquematismo y superficialidad que lastran desigualmente sus páginas.

Pasión de Urbino, de Lisandro Otero, apunta al mismo objetivo temático de su primera novela, *La situación:* la crisis de la burguesía cubana prerrevolucionaria, aunque el estilo es completamente distinto. Del realismo de aquélla a la sofisticación y complejidad estructural de ésta va un gran paso, que no sé si llamar positivo o no, pero grande en todo caso. Un cura católico y una dama de alta sociedad viven una fugaz pero intensa pasión, creándose en su torno una trama abigarrada y recurrente, que gira sobre sí misma confundiéndolo todo y dejando una profunda sensación de decadencia e inevitable catástrofe (14).

Seis años después de *La búsqueda,* Jaime Sarusky se nos presenta hecho un escritor. El tema recurrente en la nueva literatura cubana de la lucha contra la dictadura es dado ahora con una lograda elaboración de atmósferas, de personajes. *Rebelión en la octava casa* es una novela de climas, por los que la acción atraviesa modificándose continuamente y, como bien ha dicho Carpentier, «tiene por protagonista el peligro».

La vida en dos, de Luis Agüero, nos ofrece ese costumbrismo renovado, propio de su autor, donde los hechos del pequeño pueblo se nos entregan tamizados por el humor y la ternura, dándonos a la vez una

(14) *Pasión de Urbino* ha provocado una de las más vivas polémicas surgidas en torno a la nueva literatura cubana, cuando *El Caimán Barbudo* pidió su opinión sobre la novela a tres escritores: Luis Rogelio Nogueras, Heberto Padilla y Oscar Hurtado. Mientras que Nogueras la calificó de *importante* y Hurtado declaró que era la novela «de estructura más notable de todas las escritas en Cuba (y en otros países latinoamericanos) y la más compleja en su procedimiento», Padilla la atacó durísimamente, oponiéndole como ejemplo positivo el *Tres tristes tigres,* de CABRERA INFANTE (véase el opus 15 del *Caimán Barbudo,* paginas 12 a 15). Yo, personalmente, sospecho algo de pose complejista en la novela de Otero, sin negar su evidente interés formal.

trama humilde y su poética envoltura. Hay personajes humanísimos, sobre todo una figura maravillosa, Bebita Alvarado, y bien puede decirse que Agüero ha trascendido el costumbrismo desde dentro, alcanzando la autenticidad de la buena literatura.

La robla, de Gustavo Eguren, falla como conjunto en la misma medida que triunfa la prosa de sus páginas. Sin articular suficientemente una trama —la historia de una huelga en España— y sus protagonistas, Eguren ofrece como compensación magníficos diálogos, buceos intensos en los personajes y un estilo sólido, denso. Esta primera obra de Eguren lo compromete con una producción posterior, que satisfaga su evidente capacidad, acaso con mejor desarrollo en el cuento, cuya necesaria concentración narrativa puede ofrecer mejor marco a su prosa.

Los desnudos, de David Buzzi, es un apasionado recuento de los años revolucionarios, con toda la carga de sus múltiples problemas, y las varias trayectorias que, situados inevitablemente dentro del proceso, ejecutan diversos personajes. Dinámica, compleja, rica, *Los desnudos* integra en su fluir muy variados modos de escritura, desde el monólogo interior hasta los trozos de memorias, pasando por la inclusión de cuentos y otras posibilidades, con un manejo dúctil del tiempo y la utilización de diferentes puntos de visión. Novela militante, socialmente moralista debido a la convicción revolucionaria de su autor, *Los desnudos* ofrece no obstante una objetividad de conjunto que le permite ser —pese a maniqueísmos y simplificaciones de detalle— el primer gran mosaico de la Revolución.

Celestino antes del alba abre un nuevo camino dentro de la actual narrativa cubana. Aquí, el realismo más o menos complejo, más o menos profundo del resto de los nuevos autores, deja paso a la realidad de lo irreal, como puerta inevitable para alcanzar la realidad total, múltiple y cambiante. La imaginación de un niño, que supera su triste situación cotidiana instaurando un mundo otro, de filiación mágica, con la presencia maravillosa de un compañero ficticio, Celestino, es el núcleo de una narración recurrente, espiral que se ramifica avanzando. La poesía no elude, sin embargo, la realidad, ya que este mundo imaginado no es más que un modo de existir en el de todos los días. Bien pudiera hablarse, con esta magnífica novela, de un auténtico surrealismo tropical.

Tres tristes tigres es un amplio mosaico de la Cuba prerrevolucionaria, donde la falsa y espasmódica vida nocturna de los años cincuenta sirve de espejo grotesco a la otra realidad, la realidad más real de la opresión batistiana y la lucha clandestina, de la pobreza y la corrupción oficial, que se nos dan de pasada, apenas con alusiones rápidas pero certeras; y es esta realidad la que actúa poderosamente, empu-

jando a los seres abisales que habitan la noche acuática de los cabarets a hundirse más y más en los rincones oscuros y cegarse con las falsas luces de los bombillos de colores. Cabrera Infante, sin embargo, ha desperdiciado gran cantidad de páginas con meros juegos literarios y gráficos, blablablás puestos en boca de tres personajes idénticos que se reparten la narración de la novela, haciendo gala de sus preferencias gastronómicas, metafísicas, estéticas... Hay mucho de banalidad megalománica y de complacencia de guía turística para morbosos, aunque las dotes excepcionales de Cabrera Infante salven lo suficiente como para despertar interés y apasionar tanto a sus defensores como a sus detractores (15).

En general, pues, 1967 ha puesto a la novela cubana en situación inmejorable para comenzar un desarrollo múltiple y potente. Si *Tres tristes tigres* y *Los desnudos* trazan sendos panoramas del pasado y el presente, cumpliendo la primera la caracterización de la fisonomía urbana que Carpentier pedía a los novelistas actuales —caracterización que tiene en cuenta la mayoría de los contextos enumerados por él (16)—, y entrando la segunda en la elaboración de una épica revolucionaria que se vuelve hacia los problemas del presente, aunque los integre en una decidida militancia; si tanto las dos novelas ya nombradas, como *Pasión de Urbino* y *Celestino antes del alba* alcanzan una complejidad estructural prometedora; si esta última hace gala de una poderosa imaginación, escrutadora poéticamente de lo humano; si tanto *Rebelión en la octava casa* como *La vida en dos* renuevan sus géneros limitados, dándoles calidad suficiente, y *La robla* muestra la solidez y belleza de una prosa perfecta, curada de la inmadurez estilística de tanta narrativa anterior, se puede decir que ya están echadas las bases para la formulación, en obras, de una serie de líneas novelísticas fructíferas, que serán, a su tiempo, superadas, garantizando un movimiento hacia adelante que la constante aparición de nuevos autores no hace sino confirmar (17).

Los fragmentos conocidos de novelas de inminente o recientísima aparición ahondan la sensación de optimismo respecto a la actual y

---

(15) Concretamente, Heberto Padilla, en la polémica ya citada, decía que *Tres tristes tigres* es «sin duda, una de las novelas más brillantes, más ingeniosas y profundamente cubanas que hayan sido escritas alguna vez», lo cual podría admitirse sin dejar de afirmar su defecto radical, y pensando en lo que hubiera sido esta novela reducida a 250 pp. de sus casi 500.

(16) Véase el ensayo ya citado, *Problemática de la actual novela latinoamericana.*

(17) Téngase en cuenta que de los ocho novelistas presentes, cinco entregaban su primera novela: Arenas, Agüero, Buzzi, Eguren y Cabrera Infante. Mil novecientos sesenta y siete ha visto igualmente surgir a Manuel Granados, con su primera novela *Adire y el tiempo roto,* donde las pretensiones no coinciden con los logros efectivos, aunque pueda adivinarse una personalidad interesante.

futura novela cubana. Nombro, como ejemplo, tres obras: *El mundo alucinante,* de Reinaldo Arenas, que continúa su labor fantasiosa; *Contracastro,* de Rafael Alcides (1933), que trata con gran agudeza y poderosa ironía el mundo de la contrarrevolución, y *Los niños se despiden,* del poeta Pablo Armando Fernández (1930), donde el barroquismo de su palabra ofrece una trama casi a medio camino entre la narración y el despliegue poético.

El cuento no ha hecho, en estos últimos años, más que continuar su magnífica carrera, y doy a la continuidad, desde luego, un sentido no de mera supervivencia, sino de ascensión continuada; 1966 ofrece *Los años duros,* de Jesús Díaz (1942); 1967, *Tute de reyes,* de Antonio Benítez (1931), y 1968, *Condenados de condado,* de Norberto Fuentes (1943), todos premios Casa de las Américas de sus años respectivos.

Los años duros se instala de lleno en la complejidad del presente. Sus tres primeros cuentos ofrecen las divergentes trayectorias de un trío de muchachos compañeros en el clandestinaje contra la dictadura. Narrados en primera persona por cada uno de ellos, en un crudo estilo coloquial y con entrelazamientos constantes de presente y pasado, las diversas posibilidades se nos entregan en su inevitabilidad causada: el que, recién llegado de su exilio en los Estados Unidos, no comprende el camino tomado por la Revolución; el que, mutilado por una bomba, empeña todas sus energías en satisfacer viejos resentimientos, y el que se dedica constructivamente a la cotidiana y oscura tarea de continuar la Revolución, ya triunfante y plena de futuro. Los cuentos conservan, al mismo tiempo, un valor individual y una relación estrecha.

Cuatro cuentos sueltos aparecen en el centro del libro, que van desde la violencia de «Con la punta de una piedra» hasta la fantasía de «El polvo a la mitad», pasando por dos cuentos donde el autor nos vuelve a presentar alternativas de conducta, con un moralismo que hace todo lo posible por huir de clisés y simplificaciones. «¡No hay Dios que resista esto!» se sitúa en un campo de trabajo voluntario, y «Diosito», el cuento más interesante del libro, y donde Díaz no sólo consigue un buen tratamiento, sino también una anécdota original.

Cierran el volumen otros tres cuentos relacionados, relatando una persecución de contrarrevolucionarios por las montañas del Escambray.

Tute de reyes representa, por sí sólo, el inicio de un camino que posteriormente cuentos de Benítez lo siguen presentando como su más cumplido realizador. Hay aquí una dedicación atenta a los conflictos humanos provocados por la Revolución, llevada a través de una prosa excelente, bien trabajada, discretamente brillante, que utiliza con gran acierto tanto una narración realista —«Recuerdos de una piel», «Peligro en la Rampa»— como una fantasía que está firme y oculta-

mente enraizada en contextos más amplios, de preocupación metafórica plenamente lograda. De hecho, es en este segundo tipo de cuentos donde Benítez alcanza su mayor estatura, y «Estatuas sepultadas» es un buen ejemplo, acaso algo deslucido por la demasiado visible influencia de Julio Cortázar.

Condenados de condado se afilia a las preocupaciones revolucionarias de Jesús Díaz, y a similares temáticas, utilizando Norberto Fuentes su experiencia de periodista, realizador de reportajes sobre la lucha contra los contrarrevolucionarios en la sierra del Escambray, para lograr una colección de cuentos breves, narrados cruda y ceñidamente con un estilo no ajeno al Isaac Babel de «Caballería roja».

Autores de calidad probada han continuado publicando cuentos sueltos en revistas, ya independientes, ya pertenecientes a libros inéditos. Así, Calvert Casey, sin lograr nada nuevo, en relatos como «In partenza», «La ejecución», «Adiós y gracias por todo», etc.; Humberto Arenal, con «Una noche perfecta para el amor»; César López, con varios relatos absurdos; Jesús Díaz, ensayando un lirismo fresco y ceñido, en «Amor la plata alta», y ampliando el tema hasta la crítica de los prejuicios en «Gritar el amor». Antonio Benítez, por su parte, ha derivado hacia un cultivo muy personal de lo *real maravilloso americano,* integrando en la narración un punto de vista de neta inquietud cortazariana, o encarnando fantásticamente la conflictividad revolucionaria, con ejemplos tan perfectos como «La tijera» y «La tierra y el cielo». También novelistas como David Buzzi, Reinaldo Arenas y Gustavo Eguren han hecho exitosas incursiones en el cuento. Buzzi con un rudo estilo truculento; Arenas, con sus virtudes imaginativas, y Eguren, con relatos de gran calidad humana, destacándose «Algo para olvidar», donde la solidez de la prosa y la hondura de visión alcanzan una universalidad humana difícil de igualar entre los nuevos autores.

Nueve años de narrativa revolucionaria han dado, pues, vida maravillosa a un cuerpo joven y fuerte, árbol de muy diversas ramas que incluye tanto a investigadores de lo humano perenne como a escrutadores de un pasado cubano caracterizado por la opresión, y a valientes expositores de los conflictos revolucionarios junto a *realistas del futuro* y utilizadores del absurdo como método. Realistas todos, en suma, abiertos a la captación de lo universal concreto: el hombre; cronistas suyos, que nos ofrecen muchas páginas de interés para todos.

JULIO E. MIRANDA
Avda. Universitaria, esquina Codazzi
Edificio Llaeco, Apartado 23-A
«Los Chaguaramos»
CARACAS (VENEZUELA)